

EL MAR EN LA VIDA DE CHILE

Hernán Godoy Urzúa

Mi primera palabra es de profundo agradecimiento hacia los integrantes de esta alta corporación por la honrosa distinción de designarme miembro de la Academia de Ciencias Sociales del Instituto de Chile. Esta generosa designación no se explica sino por la benevolencia de los señores académicos, porque mi modesta contribución al conocimiento de la identidad de Chile, de su sociedad y su cultura, trasunta más amor perseverante que un aporte científico original.

De modo particular expreso mi gratitud a su presidente, don Carlos Martínez Sotomayor, a los colegas que propusieron mi nombre y al profesor don Juan de Dios Vial Larraín, quien ha aceptado la tarea de recibirme en nombre de la corporación.

En este acto, para mí tan significativo, de incorporación a la academia, disertaré sobre un tema que ha ocupado mi labor de docencia y de investigación en el último tiempo

Este tema es el mar en la vida de Chile.

El tema es tan vasto como el mismo mar, y como ocurre siempre con el océano, es preciso tomar precauciones para no sucumbir en su inmensidad.

Esto significa que limitaré este periplo marítimo al desarrollo de tres aspectos del tema: primero, al bosquejo de la historia aún no escrita de la influencia del mar en nuestra sociedad; luego a la presencia del mar en la cultura de Chile; finalmente, al esbozo de lo que podría ser una sociología de la vida junto al mar.

Pero antes de entrar al tema conviene anticipar una observación.

Al destacar la importancia del mar y sus funciones no es mi intención oponer las diversas partes de nuestra geografía, para enaltecer una en desmedro de otras. Al poeta se le permiten licencias que serían intolerables en el sociólogo.

Aquél puede decir, como lo dice uno de nuestros celebrados poetas, "viva la Cordillera de los Andes, muera la Cordillera de la Costa"¹, pero un sociólogo no podría examinar el mar olvidándose de la tierra. Las dos grandes constantes de nuestra larga geografía son admirables y cumplen funciones importantes.

La "Gran cordillera nevada de Chile", como la designaban los antiguos cronistas, es ciertamente majestuosa y rica en recursos naturales. También lo es el "Mar de Chile", nombrado así en nuestras viejas crónicas. Y no menos rico, hermoso y funcional es el verde Valle Central, cruzado de alamedas y ríos, que fue una creación debida a la pujanza de los chilenos, como lo fue también la exploración y utilización de nuestro desierto del norte.

Cumplido este ritual de solidaridad con todas las porciones de la geografía patria, puedo ahora declarar que para mí la parte más admirable de nuestro territorio es aquella en que la tierra entra en contacto con el mar, dando origen a ese infinito bordemar que canta

* Discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Sociales del Instituto de Chile, leído por el autor en la ceremonia respectiva, llevada a efecto en el Salón de Honor de la Pontificia Universidad Católica de Chile, el 24 de Septiembre de 1986.

¹ Nicanor Parra: *Obra Gruesa*

su poderosa sinfonía de música y color, de olas y alas, de aves marinas y quillas de naves, desde donde podemos partir y retornar.

Pero la elección del mar como tema de este discurso no se debe sólo a una preferencia personal de orden estético, sino a una poderosa razón de índole sociológica.

Porque, como intentaré demostrarlo, estamos viviendo una situación de cambio, en la que el océano asume para los chilenos una significación nueva, por acrecentada, y antes desconocida.

* * *

Una historia aún no escrita

Un apasionante libro podría ser el que investigara la presencia del mar en la sociedad y la cultura de Chile.

Ese libro, aún no escrito, debiera indagar el tema a través de la historia y de la prehistoria.

Poco sabíamos del uso que del mar hicieron los aborígenes de Chile, hasta que la investigación arqueológica empezó a revelar las formas de vida de los primeros grupos humanos que habitaron nuestro territorio y que se asentaron junto al litoral.

Sus vestigios más remotos, tanto en el extremo norte de Arica, Pisagua y Taltal, como en el extremo austral en las cuevas magallánicas del Milodón y de Palliaique, acusan una antigüedad de más de diez mil años.

Durante esos milenios que precedieron a la llegada de los conquistadores españoles, el mar que flanquea nuestro territorio no tuvo nombre conocido.

Ignoramos cómo lo llamaron los remotos pobladores que habitaron las playas y caletas de nuestro extenso litoral, cuyos restos en conchales y sepulturas han excavado los arqueólogos.

No sabemos el nombre con que designaron al mar de que vivían, pero lo dibujaron en las piedras de sus petroglifos, junto a peces, cetáceos y embarcaciones.

Se suele afirmar que los habitantes prehispánicos del actual territorio chileno no aprovecharon los recursos del mar y que apenas se internaron en él con sus embarcaciones.

A la luz de las investigaciones modernas esa aseveración no puede hoy aceptarse sin reservas.

Existen testimonios fidedignos de la actividad marina de los aborígenes que poblaron el litoral que va de Arica a Magallanes. Los vestigios más remotos proceden de excavaciones arqueológicas; otros han sido encontrados en las pinturas rupestres, y los testimonios posteriores a la conquista española abundan en las fuentes coloniales, particularmente en las noticias transmitidas por los cronistas y navegantes.

En la actualidad se dispone de pruebas que sugieren el pleno aprovechamiento del mar por los pobladores prehispánicos a través de todo el litoral chileno, aunque los vestigios de estos grupos de economía marítima son más evidentes y numerosos en el norte de Chile, donde la sequedad del clima ha permitido la conservación de sus huellas.

Esos vestigios muestran que los recursos marítimos aprovechados por los grupos litorales del norte consistían no sólo en peces y moluscos, sino también en las aves marinas, sus huevos y sus depósitos de guano, como asimismo en las algas, la sal y demás productos

del mar. Estos recursos fueron empleados en la alimentación, la vestimenta, los adornos, la vivienda, los utensilios domésticos y las embarcaciones de esos grupos.

Entre éstas, las notables balsas de cuero de lobo de los changos empezaron a usarse siglos antes de la llegada de los españoles, estuvieron en vigencia durante todo el período hispano, difundiéndose hasta el Maule, y se emplearon hasta fines del siglo XIX en el embarque del salitre.

Pero también los demás aborígenes del centro y sur de Chile, incluidos los mapuches, aprovecharon los recursos marinos. De todos ellos nos habla el P. Diego Rosales en un revelador capítulo de su crónica, titulado "De los artificios de que usan los indios de Chile para pasar los ríos y brazos del mar".

Allí describe las típicas embarcaciones aborígenes a través de todo el litoral: las balsas de totora y de cuero de lobos en el norte, de tronco de árbol ahuecado, en la zona central, las piraguas o dalcas de Chiloé, las canoas de corteza de árbol, desde Taitao hasta el Estrecho.

El conocimiento actual del uso que hicieron del mar nuestros aborígenes puede sintetizarse en las conclusiones de una reciente investigación arqueológica, cuyos autores establecen que "los grupos de economía marítima que poblaron el litoral chileno supieron aprovechar ampliamente los recursos del mar, alimentándose de todos los mariscos y peces que hoy se explotan, e incluso de otros que raramente se consumen ahora"².

Los arqueólogos citados terminan proporcionándonos una lista de 34 de las principales especies marinas encontradas en los restos de viviendas que han logrado ser identificadas por los especialistas.

Aquel mar innominado de la prehistoria adquirió para nosotros forma y nombre con el advenimiento de los descubridores españoles y de los navegantes europeos: Balboa, en 1513, lo llamó Mar del Sur, pero prevaleció el de Océano Pacífico que le diera Magallanes en 1520.

Otra creencia tradicional es que los españoles tampoco manifestaron aptitudes o interés por el mar.

La magna obra de descubrimientos geográficos a través de los océanos, realizada por España desde fines del siglo XV, hace poco verosímil esa creencia. La empresa descubridora de España fue posible gracias a la tradición marinera y el desarrollo naval impulsado por los Reyes Católicos.

Cádiz y Sevilla se constituyeron en centros de las empresas marítimas, adonde convergían navegantes de Portugal y de Génova. En Sevilla funcionó la Escuela de Pilotos de Vizcaya y en esa ciudad se fundó una institución peculiar, que lamentablemente no se introdujo en América: la Universidad de los mareantes.

¡Cuánta falta nos hizo y nos hace aún en Chile esa Universidad del mar!

Después del descubrimiento de Chile realizado desde el mar por Magallanes vinieron los conquistadores y tras éstos los primeros gobernadores. Al tomar contacto con el territorio, al explorarlo y ocuparlo, todos ellos realizaron empresas tanto terrestres como marítimas. Pudieron justamente llevar a cabo sus acciones gracias a los auxilios indispensables que les llegaron a través del mar.

² Montané y Bahamondes.

Don Pedro de Valdivia tiene el mérito de haber iniciado, como primer gobernador, la política marítima de Chile.

Hizo construir los primeros barcos, estableció a Valparaíso como puerto principal, obtuvo que vinieran desde el Perú los primeros navíos con auxilios para la naciente colonia, designó los primeros capitanes de mar, ordenó el reconocimiento del litoral y envió la primera expedición que desde el Pacífico llegó hasta el estrecho de Magallanes.

Esta acción marítima precursora de Valdivia respondía a su visión de Chile como una unidad que iba desde el Perú hasta el Estrecho, y cuya comunicación natural era el mar.

Por eso, cuando llega el momento de fundar nuevas poblaciones, Valdivia establece las primeras y más importantes ciudades chilenas junto al litoral porque, según escribe uno de sus oficiales, el cronista Góngora y Marmolejo, "como era hombre que había andado por el mundo, sabía las ventajas que tenían tales ciudades pobladas en la costa de mar a las de tierra adentro".

De este modo, después de fundar Santiago, Valdivia establece la red de ciudades litorales: En 1544, La Serena "a la costa de la mar, en un buen puerto", según reza un documento. El mismo año declara a Valparaíso como puerto de Santiago. En 1550 funda Penco y Concepción. Al año siguiente La Imperial. En 1552, la ciudad de Valdivia.

El fundador anhelaba extender su dominio del territorio hasta la extremidad austral, antes que otro conquistador autorizado por el Rey ocupara esas regiones.

De ahí su obsesión por llegar hasta el estrecho de Magallanes. Un año antes de su muerte envió la expedición de Francisco de Ulloa, que logró alcanzar hasta ese paso marítimo; y el propio Valdivia proyectaba navegar personalmente hasta el Estrecho cuando lo sorprendió la muerte.

Los gobernadores que sucedieron a don Pedro de Valdivia prosiguieron, aunque con menos bríos, las iniciativas marítimas del fundador. En el último tercio del siglo XVI ellos tuvieron que enfrentar un nuevo desafío que venía desde el mar: la llegada de los piratas y corsarios.

La presencia de los piratas en el litoral chileno es un proceso de larga duración, que se inicia en 1578 con Francis Drake y prosigue hasta 1741, fecha en que Jorge Anson se apodera de la isla Juan Fernández y captura dos barcos que venían del Callao.

Durante más de un siglo y medio, piratas y corsarios ingleses, holandeses y franceses asolaron ciudades, islas y caletas, saqueando tesoros, incendiando poblados, capturando barcos.

Un libro fascinante podría escribirse sobre las correrías de los piratas en las costas, islas y puertos de Chile.

Utilizaban el Estrecho y más tarde el cabo de Hornos. Conocían bien las rutas y derroteros del mar del sur. El litoral y las islas chilenas estaban a su disposición, porque los gobernadores sólo atinaban a tomar medidas defensivas, movilizando fuerzas terrestres.

Los piratas se abastecían en puertos como Castro y Valdivia, donde los holandeses se hicieron fuertes durante un tiempo. Fueron expulsados de ellos, pero les quedaban las islas.

Desembarcaban, por ejemplo, en la isla Mocha, donde los indios les daban buena acogida. En 1684 un cronista anota que los piratas ingleses bajaron allí a tierra y "tuvieron carne fresca, aves, verduras y mujeres para divertirse".

Ante esta situación, las autoridades decidieron simplemente despoblar la isla Mocha, trasladando a los indios a orillas del Bío-Bío.

En Valparaíso hacían lo que podían, porque ya había sido fortificado.

Siguiendo al norte recalaban en Coquimbo. Carvallo y Goyeneche nos informa que al avistar dos naves piratas, "internaron los coquimbenses sus alhajas y caudales".

En Juan Fernández los piratas se regalaban con langostas. Refiriéndose a la escuadra de Anson, el mismo Carvallo anota que "convalecieron en aquel saludable temperamento y refrescaron abundantemente con la multitud de cabras que hallaron y con la copiosa y delicada pesca que allí hay". Después de asolar las costas de Chile y Perú, generalmente regresaban por el Pacífico hacia el oeste, y para distraerse en esa inmensidad oceánica solían coger algún galeón de Filipinas.

No hay siquiera un libro que estudie este largo proceso ni examine sus consecuencias.

Vino el momento de la emancipación de España.

Los primeros estadistas de la época independiente tuvieron clara conciencia del destino marítimo de Chile. O'Higgins, con la colaboración de Rengifo, organizó la primera escuadra, hizo venir a Lord Cochrane para dirigirla, autorizó la guerra de corso, creó la Academia de Guardiamarinas y murió obsesionado por la ocupación del Estrecho.

Su contemporáneo, don Manuel de Salas, declaraba que "hallándose Chile a orillas del océano, podemos considerarnos en el centro del mundo". Portales, por su parte, favoreció la marina mercante, reabrió la Escuela Náutica y, en 1836, dio instrucciones terminantes al almirante Blanco Encalada: "debemos dominar para siempre en el Pacífico, ésta debe ser su máxima ahora y ojalá fuera la de Chile para siempre".

No obstante estas iniciativas visionarias de los primeros gobernantes de la colonia y del Chile independiente, el dominio del mar hasta el siglo XX ha experimentado grandes fluctuaciones.

En síntesis, el mar tiene clara presencia en Chile durante los siglos XVI y XIX; es decir, en su fundación colonial y en la fundación republicana. Las figuras próceres de Valdivia y O'Higgins simbolizan la presencia del mar en esos períodos.

Después de esas etapas, se dice que los chilenos le dieron la espalda al mar.

Pero, ¿es esto efectivo?, ¿corresponde a una realidad histórica? Nos parece que no. Observemos que, desde luego, se fue poblando el litoral, donde hoy vive alrededor de un tercio de la población de Chile. También se practicó la pesca y se utilizaron las salinas y guaneras. Desde la colonia se descubrieron y ocuparon las islas continentales. Según lo asevera nuestro erudito don José Toribio Medina, desde Chile se descubrió Nueva Zelanda y Australia, pero esa hazaña del piloto Juan Fernández fue olvidada.

Hubo comercio marítimo, aunque fuese perturbado por los piratas, corsarios y contrabandistas. En la época republicana se formaron empresas navieras y la marina mercante alcanzó cierto desarrollo.

Desde la época de la conquista el mar nos conectó con el mundo.

Nuestro origen en la historia occidental estuvo ligado al primer viaje alrededor del Globo que iniciara Magallanes y cumpliera Sebastián Elcano. La segunda circunnavegación, la de Francis Drake, pasó también por Chile.

Por el mar vinieron todos los europeos que después de la independencia impulsaron la cultura: Bello, Mora, Gay, Sazié, Domeyko, Phillipi y los inmigrantes europeos que desarrollaron nuestra economía. Por el mar viajaron los chilenos a Europa y a otras partes del mundo.

El problema, a mi juicio, reside en lo siguiente: debemos distinguir los procesos acaecidos, del conocimiento que tenemos de esos hechos. Los hechos ocurrieron pero no han sido narrados.

No hay historias del poblamiento litoral.

No hay historia económica de aprovechamiento de los recursos del mar.

No hay historia del comercio marítimo, ni de la existencia de astilleros.

No hay historias que narren las acciones de los piratas.

No hay una historia general de las islas chilenas, que en la colonia abandonamos a esos mismos piratas.

Haría falta una historia de Chile, escrita desde la perspectiva del mar, porque las existentes se han centrado en los acontecimientos ocurridos en tierra, postergando las empresas desarrolladas en el mar, en el litoral, en los pasos marítimos y en las islas.

Debido a esa carencia se halla inédito ante nosotros el examen de la influencia del mar en la sociedad chilena.

En espera de esa historia aún no escrita, volvamos la atención al presente para examinar la influencia del mar en nuestra cultura.

* * *

El mar en la cultura de Chile

Si la presencia del mar ha sido débil en nuestra historiografía, esta presencia es más acusada en otras expresiones de la cultura nacional.

Como no es posible referirnos a todas ellas, mencionaremos sólo cuatro expresiones culturales en que la presencia del mar parece más significativa.

Empecemos por la expresión marina más visible, aunque no la más importante, que hay en la pintura chilena.

No son muy numerosos nuestros pintores de marina. Los nombres de los precursores extranjeros, John Searle, Charles Wood, Rugendas, más tarde Sommerscales, y de los chilenos Enrique Swinburn, Rebolledo Correa, Álvaro y Manuel Casanova, Valenzuela Llanos y Pacheco Altamirano, constituirían los artistas que han respondido a la llamada del mar.

Es cierto que hay otros marinistas intermitentes, pintores anfibios de la tierra y el mar, como es el caso de Ramón Subercaseaux, Alberto Orrego Luco, Juan Francisco González, Arturo Gordon, Onofre Jarpa, etc.

Pero hay todavía otro hecho sorprendente: prácticamente todos los pintores nacionales han hecho algún cuadro en que aparece el mar.

Quien quisiera hacer un catálogo de pinturas del mar para seleccionar un museo de pintura marina, debería registrar centenares y tal vez miles de telas.

En resumen, el mar está regularmente presente en nuestra pintura, pero esa presencia está lejos de reflejar la grandeza del modelo.

Un reflejo más profundo, valioso y multiplicado, tiene en cambio el mar en las letras chilenas.

Resulta curioso advertir que esa presencia es principalmente un fenómeno del siglo XX. Durante el siglo pasado sus huellas fueron escasas. El mar ascendió a nuestro himno nacional, pero se quedó allí prometiendo un futuro esplendor.

Es en nuestro siglo cuando los escritores chilenos descubren literariamente el mar. El fino ensayista Eduardo Solar Correa percibió certeramente el fenómeno cuando escribió, en 1933:

"Los escritores jóvenes en falanges sucesivas y crecientes se precipitan hacia el mar con la curiosidad de lo desconocido. Guillermo Labarca se queda *Mirando el océano*, Magallanes Moure arma su *Casa junto al mar*, Pablo Neruda canta nostálgico al amor de los marineros "que besan y se van", Salvador Reyes se hace a la vela en su *Barco ebrio* y ambiciona ser *El último pirata*; hasta Mariano Latorre baja de la montaña y olvidando a los chilenos de la sierra, enreda su plástica con los *Chilenos del mar*"³.

El autor citado menciona algunos novelistas y poetas del descubrimiento marino en la literatura. Efectivamente, tenemos buenos narradores del mar, como Salvador Reyes, Juan Marín, Luis Enrique Délano, Benjamín Subercaseaux, Enrique Bunster, Francisco Coloane.

Pero es sin duda en la poesía donde mejor se expresa la presencia del mar. Se han publicado dos buenas antologías de poemas sobre el mar⁴ y podrían componerse varias otras, dada la riqueza y proliferación del tema marino, porque casi no hay poeta chileno que no haya publicado algún poema relativo al mar.

Obsérvese además que hay muchos libros completos en que nuestros poetas agrupan sus poemas marinos.

Aparte de las innumerables composiciones poéticas dedicadas al mar y de los libros de poemas marinos, es todavía más frecuente que en composiciones no inspiradas en el motivo marino la mención del mar surja de manera espontánea e imprevisible en nuestros poetas.

Para no multiplicar las citas, podemos ilustrar esta triple presencia de mar en el volumen, el poema y el verso, con el caso de Pablo Neruda.

El escribió libros completos de temas marinos, como *La casa en la arena*, además de poemas extraordinarios como *Mares de Chile* y *Oda a un mascarón de proa*.

Pero también ocurre que en poemas centrados en otros motivos surge inevitable la referencia marina. Neruda puede hacer una *Oda a la tipografía*, pero allí las letras verticales son "hechas de línea pura / erguidas como el mástil del navío".

Y hasta cuando está lejos del océano, en la selva andina de las *Alturas de Macchu Picchu*, surge la referencia a las naves, al mar, a las islas:

³ EDUARDO SOLAR CORREA: *Semblanzas literarias de la Colonia*, Editorial Francisco de Aguirre, 1969, p. 87.

⁴ MARIO FERRERO: *De ola en ola (Antología poética del mar)*. Pineda Libros, Santiago.

HUGO MONTES: *Los poetas del mar*, Andrés Bello, Santiago.

A estas antologías de poetas chilenos debe agregarse la antología en prosa compuesta por Manuel Montecinos Caro, titulada *Narradores del mar chileno*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1963

*Déjame olvidar hoy esta dicha que es
[más ancha que el mar,
porque el hombre es más ancho que el
[mar y que sus islas.*

En *Himno y regreso* irrumpe igualmente la evocación del mar:

*Patria, mi patria, vuelvo hacia ti la
[sangre...
ahora quiero dormir en tu substancia
quiero poner mi brazo en tu cintura
[exigua
y sentarme en tus piedras por el mar
[calcinadas,
...y mirando tu ilustre y solitaria espuma
un ramo litoral tejeré a tu belleza.
Patria, mi patria
toda rodeada de agua combatiente
y nieve combativa.*

En síntesis, nuestros poetas han cumplido cabalmente con el llamado del mar.

Fuera de la poesía y la narrativa, el tema marino casi no se encuentra en el teatro, o en el ensayo, género éste en que sólo destacan las figuras de Benjamín Subercaseaux y de Enrique Bunster.

Ningún ensayista ha examinado la proyección del mar chileno en la literatura extranjera, donde están presentes autores de fama como Daniel Defoe, Julio Verne, Pierre Loti, Herman Melville, entre otros.

Pero dejemos este mar de las letras, para mencionar otro reflejo cultural del medio marino que resulta nuevo y promisorio entre nosotros.

Me refiero al creciente interés que manifiestan los científicos chilenos por la investigación del ecosistema oceánico.

El desarrollo de las ciencias del mar, formadas por la confluencia de las diversas disciplinas que estudian el ambiente marino, es un fenómeno relativamente reciente en Chile.

En las últimas décadas se han constituido alrededor de veinte centros universitarios, dedicados a la investigación marina de los diversos recursos bióticos y energéticos. A esa veintena de centros universitarios, distribuidos de Arica a Punta Arenas, hay que agregar una decena de centros públicos y privados de investigación aplicada y tecnológica.

Para terminar, señalamos que igualmente promisoria es la relevancia que tiene el mar en la cultura popular chilena.

Esta presencia comienza con las manifestaciones prehispánicas del arte rupestre y de ciertos objetos ceremoniales en forma de peces.

Continúa en las épocas colonial y republicana con la constitución de mitos y leyendas, como el Caleuche y la Pincoya, con la alimentación de base marina, como el curanto, el caldillo de congrio, la paila marina, el chupe de mariscos y tantos otros guisos cuya descripción sería una crueldad hacer a esta hora.

Se instituyeron también fiestas marinas, como la procesión de San Pedro, repetidas hasta hoy en las caletas del litoral central.

El mar aparece finalmente en expresiones populares de la plástica, como la artesanía de veleros en botellas, los modelos de lanchas chilotas, la artesanía textil de las bordadoras de tapices.

Recuerdo que en las plazas de los pueblos de provincias, cuando aún existían los fotógrafos ambulantes, eran frecuentes los telones de fondo que mostraban un mar litoral poblado de naves y de botes, a veces con mucho aparato de artillería, en los cuales los más decididos posaban para pasar a la posteridad.

El mar es todavía un motivo recurrente en los dibujos infantiles, donde nunca faltan los barcos: serán buquecitos elementales, pero llevan la bandera al tope del mástil, acaso como evocación inconsciente de la heroica *Esmeralda* del Capitán Arturo Prat.

Pero tal vez sea en la lengua hablada del pueblo chileno donde mejor se revela la presencia del mar. He reunido un buen número de locuciones populares que hacen referencia al mar y que acusan su influjo en el subconsciente colectivo.

La metáfora marina sirve al chileno para expresar el optimismo de los buenos momentos, en que la vida parece una navegación feliz. Así, por ejemplo, habla de soltar amarras, atracar el bote, tirarse al abordaje, qué le hace el agua al pescado, ir viento en popa, a todo trapo, reírse de la mar salada, ver bajo el agua, embarcarse en un proyecto, tirarlo por la borda, salir a flote, llegar a puerto, con la bandera al tope, ser muy navegado, reírse de los peces de colores, etc.

Pero también la metáfora marina le sirve al chileno para caracterizar los momentos difíciles: brujulear, remar contra la corriente, poner la proa, ir de tumbo en tumbo, hacer agua el proyecto, irse a pique, quedarse varado, andar a la deriva, más apaleado que un loco, cerrado como ostra, pegado como lapa.

Como puedo advertirse, hay varios moluscos que además de sus sabrosos usos culinarios tienen un no menos rico empleo lingüístico. Entre ellos el "*Choromytilus chorus*", nombre latino y elegante con que los científicos designan a nuestro descomunal "choro zapato".

Pues bien, hay "tipos choros", cuya caracterización es compleja, pero de signo claramente positivo. Por esta significación valiosa que para el habitante chileno tiene el mencionado *choromytilus*, constituye una acción repudiable "sacar a alguien los choros del canasto", sin su consentimiento, y ante tal despojo el afectado naturalmente se "chorea".

Bastan los ejemplos citados para mostrar que los modismos marinos del habla chilena son abundantes. La seriedad académica de este acto me impide citar muchos otros, porque son francamente de "lo que bota la ola". Además, periódicamente aparecen nuevas locuciones que tienen referencias marinas, como "hablar cabezas de pescado", y últimamente "chao pescado".

Después de haber destacado la presencia cultural que el mar tiene en el presente en la poesía, la pintura, la ciencia y la cultura popular de Chile, pasemos a la última parte de esta exposición, que nos permitirá asomarnos al porvenir.

* * *

Para una sociología de la vida junto al mar

Hace falta una sociología del medio marino, porque esta disciplina, como otras, ha estado también confinada a la tierra.

Ningún cultor de las ciencias sociales se ha dedicado al análisis de las funciones que cumple el océano, ni ha examinado los oficios marinos, ni construido una tipología de los asentamientos litorales e isleños.

El "oficio vacante", llamó Gabriela Mistral al déficit del mar que observaba en nuestras letras. Mucho más grande es ese oficio vacante en nuestras ciencias sociales.

Como no es posible en esta oportunidad pretender llenar aquel vacío, lo que sigue serán sólo breves notas de bosquejo para una sociología de la vida marina en nuestro país.

Empecemos por lo más elemental.

El mar y sus áreas litorales ofrecen a las sociedades ribereñas una serie de recursos y da potencialidades que las sociedades aprovechan en grados diversos, según el uso que hagan del océano.

Desde una perspectiva sociológica, los diversos usos del medio marino pueden estudiarse como funciones del mar en las sociedades ribereñas.

Entre las funciones sociológicas del mar, que con diverso énfasis se advierten universalmente, podrían mencionarse las seis siguientes:

1. Proporcionar alimentos para el consumo interno y la exportación.
2. Servir de vía de transporte y comunicación.
3. Constituir un elemento de defensa y seguridad para los Estados ribereños.
4. Ofrecer medios de salud y esparcimiento.
5. Ser un ecosistema de nuevos y variados recursos.
6. Constituir una fuente de creación estética y espiritual, porque—como escribió Karl Jaspers— el mar es la presencia gráfica del infinito.

Expresiones visibles de estas funciones sociológicas del mar son los diversos tipos de asentamientos humanos surgidos en el litoral en estrecha relación con las funciones mencionadas, como las caletas, los puertos, las bases navales, los balnearios, los centros industriales litorales y las casas o aldeas de mar.

Ahora bien, cada una de estas seis funciones adquiere hoy en Chile una mayor relevancia, porque estamos en presencia de un nuevo mar que nos abre nuevas posibilidades y desafíos.

En efecto, la conjunción de logros jurídicos, de investigaciones oceanográficas, de prospección de los recursos marinos y de avances tecnológicos para su aprovechamiento, permiten hoy hablar de una nueva significación del mar, la que al mismo tiempo que redefine sus funciones hace mudar la imagen tradicional de Chile.

Con el reconocimiento internacional de las 200 millas marinas de uso económico exclusivo, iniciativa de la que nuestro país fue precursor, Chile se dilató en el océano, conquistó pacíficamente un nuevo mar, superando su superficie terrestre.

Este hecho implica una imagen diferente y renovada de Chile, que altera la tradicional representación geográfica de nuestro país como una angosta faja continental, colgada de los Andes.

Aquella larga cinta de ancho promedio de 160 kilómetros está hoy complementada por la ancha franja marítima de 350 kilómetros de anchura que representan las 200 millas marinas y que recorre todo el litoral. Hoy, como escribe un geógrafo, Chile es una angosta faja de tierra y una ancha franja de mar⁵.

Las investigaciones geográficas han aportado otros hallazgos que modifican también la imagen tradicional del litoral chileno y de sus islas.

Desde el colegio se nos enseñó que Chile tiene unos 4.500 kilómetros de litoral, a través de sus 38 paralelos. Pero esta estimación de la longitud de nuestro litoral es irreal, porque los 4.500 kilómetros equivalen a una línea recta, abstracta e imaginaria, que no toma en cuenta las sinuosidades reales de la costa, ni tampoco el perímetro de sus islas.

He preguntado a algunas personas cuántas islas hay en nuestro territorio. Las respuestas son sorprendentes: algunos estiman que el número de las islas de Chile alcanza a varias decenas, otros a centenares; los más imaginativos las hacen llegar al millar.

Ahora bien, un reciente estudio realizado por el Instituto de Geografía de esta Pontificia Universidad Católica ha contabilizado un total de 14.253 islas e islotes, sin tomar en cuenta aquéllos inferiores a cien metros cuadrados⁶.

El estudio citado establece que la superficie de las islas chilenas supera los 100.000 kilómetros cuadrados y equivale a la suma de cinco regiones de Chile: Coquimbo, Valparaíso, Región Metropolitana, O'Higgins y parte de la Séptima Región.

Calculando el perímetro de estas islas y el litoral real que contiene nuestro laberinto austral de golfos, penínsulas, ensenadas, canales y estrechos, resulta que el litoral chileno real no es de 4.500 sino de cerca de 25.000 kilómetros.

Adviértase que en estos cálculos no se ha considerado la Antártica, continente sobre el que Chile tiene incuestionables títulos de orden histórico, geográfico y jurídico.

Dentro de estas perspectivas, las funciones sociológicas del mar de Chile adquieren una nueva significación.

Desde siempre nuestro mar fue una fuente de alimento para el consumo interno, pero ahora lo es también para la exportación.

Chile se ha convertido en el tercer productor marino, después del Japón y de la Unión Soviética.

En 1985 nuestro país alcanzó el *récord* de 4.600 millones de toneladas de captura de productos del mar. La exportación de estos productos llegó a 450 millones de dólares, constituyendo el segundo rubro de ingreso de divisas extranjeras, después del cobre.

Pero frente a estos logros indiscutibles es preciso prevenir el futuro. La pesca practicada en la actualidad es en algunos casos devastadora, y hay ya indicios de extinción de algunas especies.

⁵ SERGIO SEPÚLVEDA: *Geografía viva de Chile*, Andrés Bello, Santiago, p. 63.

⁶ Instituto de Geografía Pontificia Universidad Católica de Chile: informe final Proyecto Información básica de territorios insulares, Convenio Corto-U C, Santiago, julio 1982, pp. 8 y 95.

Así como la caza y la recolección terrestres dieron origen en el pasado a la ganadería y a la agricultura, la pesca en el mar deberá dar paso a la acuicultura, y a las granjas marinas. Imaginemos lo que podría ser la acuicultura en un país con 25.000 kilómetros de costa.

El mar tuvo también desde antiguo la función de vía de transporte y de comunicación. Todo lo que España, trajo a América vino por mar, así como lo que retornaba de América a Europa. Los viajes de pasajeros cedieron después su paso a la vía aérea, pero todavía más del 90% de nuestras exportaciones e importaciones es transportado por vía marítima.

De otra parte, la ubicación de Chile en el océano Pacífico y la posesión de la isla de Pascua, en plena Oceanía, implican hoy una situación diferente a la del pasado.

La cuenca marítima del Mediterráneo, cuna de la civilización occidental a través de la Antigüedad y el Medioevo, con el inicio de la Edad Moderna y la era de los descubrimientos cedió su hegemonía política y económica a la cuenca mayor del océano Atlántico.

Varios procesos contemporáneos permiten pensar que esa hegemonía atlántica está cediendo en nuestro tiempo su lugar en favor de la inmensa cuenca del océano Pacífico, cuya extensión supera la superficie de todos los continentes.

En las riberas del Pacífico se sitúan hoy las grandes potencias, como los Estados Unidos, la Unión Soviética, el Japón, la República Popular China, y naciones tan importantes como Australia, Canadá, los países del sudeste asiático y la mayoría de los pueblos hispanoamericanos.

Las naciones ribereñas del Pacífico reúnen hoy la inmensa mayoría de la población del planeta y concentran parte importante del comercio internacional. La cuenca del Pacífico contiene además la mayor parte de los recursos mineros del suelo y subsuelo marinos y la mayor reserva de la riqueza ictiológica para alimentar en el futuro a la Humanidad⁷.

Pero hay además otros procesos contemporáneos que amplían la función marítima de la comunicación, como las innovaciones tecnológicas.

Entre ellas una muy interesante que he leído en alguna parte: ingenieros navales del Japón, enfrentados a los costos y riesgos de la navegación impulsada por la energía del petróleo, están experimentando un nuevo aprovechamiento de la energía del viento, que resulta más económica, más limpia y hasta más romántica. Lo nuevo es que esta vez las antiguas lonas del velamen se reemplazarían por velas compuestas por pequeñas láminas de aluminio, semejantes a las empleadas en las persianas, las que aprovecharían la fuerza y dirección del viento, accionadas con técnicas electrónicas y computadoras.

Lástima que en este paradójal avance que vuelve al pasado ya no podrá hablarse de "soltar el trapo".

Pero aparte de los cambios tecnológicos hay otros procesos sociales contemporáneos que afectan la función de comunicación que tiene el mar.

El antiguo desconocimiento y desvinculación entre las naciones del Pacífico están siendo gradualmente superados por nuevos contactos, instituciones y programas de cooperación que permiten vislumbrar en un futuro no lejano la articulación de la comunidad de pueblos del Pacífico, donde Chile tiene un lugar excepcional, por el carácter tricontinental de su territorio, que comprende sectores en América, Antártica y Oceanía⁸.

⁷ FRANCISCO ORREGO VICUÑA (editor): *Ensayos sobre el Pacífico*, Editorial Universitaria. Santiago, 1979.

⁸ JUAN SALAZAR SPARKS: *Chile y la comunidad del Pacífico*, Editorial universitaria, Santiago, 1985.

Todos estos antecedentes configuran una nueva situación para Chile, en que la función de comunicación y transporte del mar asume mayor significación.

Hasta aquí nos hemos referido a las funciones del mar como fuente de alimentos y cómo vía de transporte y comunicación.

El tiempo sólo me permite mencionar rápidamente las cuatro funciones restantes.

El mar fue desde el pasado un elemento de seguridad nacional. Por descuidarlo, España perdió sus posesiones de ultramar, y gracias a la primera escuadra nacional que surcó el mar Chile consolidó su independencia y soberanía.

El mar fue también para los aborígenes y españoles un lugar de esparcimiento, pero hoy para nuestra población constituye una acrecentada fuente de salud y recreación, manifestada en la proliferación de balnearios y en el incremento de los deportes náuticos.

Lástima que no haya barcos que permitan a los chilenos recorrer nuestro mar litoral en cruceros de estudio y de turismo.

El mar fue asimismo una fuente de renovados recursos. En la antigüedad se extraían de él las perlas y el coral. En nuestro tiempo se empieza a aprovechar el recurso energético de las olas y mareas y nuevos recursos del subsuelo marino, como los hidrocarburos, los nódulos polimetálicos y numerosos minerales.

El mar ha sido, finalmente, una fuente de inspiración cultural; esta función se ha expresado en Chile, como ya hemos visto, en numerosas manifestaciones.

Cada una de estas seis funciones sociales del mar genera una serie de ocupaciones, oficios, organizaciones e instituciones que una sociología del medio marino debería analizar.

Entre las varias instituciones que están hoy impulsando el conocimiento de nuestro mar y el destino marítimo de Chile, no podríamos dejar de mencionar y reconocer la múltiple y sostenida labor realizada por la Armada de Chile, a través del Instituto de Hidrografía y su permanente investigación del litoral, de los Astilleros y Maestranzas de la Armada (ASMAR), en todos los tipos de construcción naval, de la Escuela Naval y de la Escuela de Grumetes, en la formación de Oficiales y de hombres de mar, así como *Revista de Marina*, ya centenaria, y cuyo actual director acaba de editar el más hermoso e integrado libro sobre nuestro mar, titulado *El poder naval chileno*⁹.

Todo nos habla de la necesidad de valorizar el mar, de poblar nuestras islas, de aprovechar mejor sus recursos y de llenar el oficio vacante de una sociología del medio marino.

Lo exigen nuestra geografía y los mejores momentos de nuestra historia. Lo intuyen nuestros poetas, lo expresan nuestros pintores y los niños con sus dibujos marinos, lo esperan los científicos y los oficiales de nuestra armada, lo dice la gente del pueblo con sus metáforas marinas.

* * *

⁹ CLAUDIO COLLADOS NÚÑEZ (editor): *El poder naval chileno*, *Revista de Marina*, Valparaíso, 1965.

Señoras y señores :

El periplo marítimo de este discurso llega a su término, después de breves singladuras por el pasado, el presente y el porvenir.

He intentado sugerir en la primera parte que el estudio de la influencia del mar en la sociedad chilena está por hacerse y constituye por ello una historia aún no escrita.

En la segunda parte he mostrado la vigencia del mar en nuestra cultura actual.

En la tercera parte he insinuado algo de lo que podría ser una sociología de la vida junto al mar, mirando desde esta perspectiva los nuevos desafíos y posibilidades que nos presenta hoy nuestro mar, su largo litoral y sus islas innumerables.

Al terminar, quiero expresar a cada uno de ustedes mí agradecimiento por haber tenido la bondad de acompañarme en esta tarde para mí tan significativa.

